

DOÑA VICTORIA

Arturo Alonso castillo

R.I.M. Octubre-Novembre-Deseembre 1993. Nº 46

MEMORIES DE BURJASSOT

Doña Victoria



EN nuestro afán por contarles los hechos y recordar a las personas que se lo merecen, voy a presentarles el extraordinario caso de una buenísima mujer que vivió hasta su fallecimiento en Burjassot, casada y con un hijo, de nombre Doña Victoria y que a

continuación expongo su admirable historia por las virtudes y buen corazón con las desgracias ajenas a las que socorrió.

Aconteció entre los años 1.916 a 1.923, Doña Victoria era entonces una mujer normal, felizmente casada y con un hijo, siendo nombre tanto del marido como del hijo Antonio. Ya era conocida por su bondadoso carácter y muy

amable con todos los vecinos de Burjassot y paño de lágrimas de las desdichas y desgracias ajenas, a las cuales ayudaba y socorría siempre que podía según sus posibilidades.

Doña Victoria tuvo la desgracia de que falleció su marido por enfermedad y al cumplirse poco más de un año de su fallecimiento murió también su hijo de

MEMORIES DE BURJASSOT

unos ocho años de edad, y quedó sola ya que no tenía ningún familiar aquí en Burjassot, pero fue muy atendida por las vecinas de la calle donde vivió, como también por otros vecinos al enterarse de su desgracia, ya que ella también les había ayudado. Fué un rudo golpe para Doña Victoria en tan poco tiempo haber perdido para siempre a sus dos seres más queridos. Pasado algún tiempo se repuso del gran disgusto, que le afectó en su salud, y empezó una nueva vida siendo a partir de entonces su actividad la de preocuparse por todos los niños y niñas de Burjassot.

¿Cuál fué la preocupación de Doña Victoria por todos los niños de la localidad?. Pues su preocupación consistió en que como quiera que los chicos de entonces con nuestros juegos y nuestras riñas, con razón o sin razón que nos dábamos, los baberos quedaban siempre un poco maltrechos, los botones, las camisas amén de algún que otro rasguño en la cara o en el cuerpo. Doña Victoria fué el paño de nuestras lágrimas, llevaba siempre consigo una bolsa de tela con toda clase de botones, hilos y agujas de coser, trozos de telas y si teníamos algo roto o nos faltaba algún botón en las camisas o en los baberos lo arreglaba de tal manera para que nuestros padres no nos pegaran y no pudieran darse cuenta de los desperfectos. También llevaba una botellita con alcohol para desinfectar alguna pequeña herida, algodón, ungüentos, vendas por si eran necesarias, etc..

Además era tan bondadosa y amable que las palabras y consejos que nos daba eran que debíamos ser muy buenos chicos y estudiosos para ser útiles el día de mañana a nuestros padres, y poniendo siempre por delante el ejemplo de su hijo fallecido, que nos decía que fué muy bueno y obediente.

Doña Victoria era quien, a veces y según la importancia de la riña, nos acompañaba a casa para hablar con nuestros padres quitándole importancia a lo ocurrido.

Su nombre, gracias a esta forma tan buena de actuar y a su preocupación, fué muy pronto conocido y encomiado por todos los vecinos de Burjassot, hasta llegaron del vecino pueblo de Godella muchos chicos y también de Benimámet, ya que el nombre de Doña Victoria se había extendido. Su punto de reunión para encontrarla, si no estaba ocupada en algún caso o en cosas suyas, era en la Plaza de Emilio Castelar, en sus jardines o en el Patio de "Los Silos".

Un día, como suele acontecer en este mundo, Doña Victoria falleció. Fué una muy triste noticia para todos nosotros y hasta lloramos por tan gran pérdida, la de nuestra protectora y madre. Es que además de arreglarnos las ropas y de todo cuanto era necesario nos trataba como si fuéramos hijos suyos, también traía en algunas ocasiones algo de pan y chocolate y lo repartía entre aquellos chicos y chicas que no llevaban merienda, pues comprendía que no en todos los casos en casa podían darles merienda a sus hijos, y nos decía que como buenos amigos debíamos compartir nuestra merienda con lo que no tenían. pues ella no siempre podía complacer a todos los que no tenían merienda, y efectivamente hacíamos caso a Doña Victoria y repartíamos nuestras meriendas con los que no tenían.

La emoción y el dolor nos embargó a todos los chicos y chicas, y estuvimos durante muchos días muy tristes y comentábamos cómo era posible que tuviera tanta actividad y fortaleza para poder hacer lo que hacía con nosotros y cuidarse de su salud, que ya se le notaba que la tenía muy

mal, pero ella no abandonaba a sus hijos como nos llamaba. Su fallecimiento fué también muy sentido por nuestras madres, sabían de la forma que nos cuidaba. También tengo que añadir que siempre era preciso ir a hablar alguna que otra vez con el maestro del Colegio donde cada uno íbamos lo hacía, para pedirle que no nos castigara por nuestras travesuras, pues él se enteraba también de nuestras riñas y había severos castigos. La labor de Doña Victoria también llegó a conocimiento de los maestros de los Colegios, por lo cual fué muy elogiada.

Desde aquí, a pesar de los años transcurridos desde su fallecimiento, la recuerdo con mucho cariño, y en mi nombre y en el de todos los que puedan vivir todavía de aquella época, como entonces se decía de los difuntos, deseo que Dios la tenga en su Santa Gloria en unión de su esposo y de su hijo.

ARTURO ALONSO CASTILLO

